

Hablemos de Pedro de la Barra

La gente de teatro organizada en SIDARTE no hace mucho caso de las amenazas telefónicas y por escrito y se ha dedicado a desarrollar el programa de obras teatrales que todos los años entrega al público como un homenaje a Pedro de la Barra, fundador del teatro universitario. Los actores y autores pretenden, también, a través de esta actividad, exponer su actitud de defensa de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Hacen muy bien, tanto por el prestigio del país —bastante cultivado por actores y autores nuestros— como por el respaldo al material de trabajo y humano que contribuyen a mantener permanente la inquietud por el progreso cultural de los diversos sectores de la opinión pública. ¿Qué pensarían en el extranjero si se llegaran a concretar las amenazas de fulanos desconocidos, diabólicos, empujándolos contra quienes, por años, llevaron a las tablas y a la televisión un mensaje de sensibilidad, el perfil de la vida y la muerte burlado por la pluma de autores que marcan el calendario de los siglos? Si los dirigentes máximos de la Universidad de Chile optaran por eliminar la Facultad

de Artes, nuestro instituto superior quedaría ciego, apenas con el trágico de los laboratorios, caminando a trastabillones, sin alcanzar al grueso de la masa con el contenido de cultura que trala entre manos don Andrés Bello.

Adhiero a las actividades de actores y autores, yo que siempre fui solicitando a mis amigos vinculados al teatro nacional me permitieran, siquiera, entrar a escena, en algún acto, nada más que para entregar una carta o dar un recado a un personaje, muy pegado al pabellón del cido a fin de que el público no se percatase de mi nerviosismo de actor parvulario. A falta de contar con una mínima actuación en escena, me contentaba con charlar con Carlos Cariola, mientras éste sudaba la gota gorda haciendo diligencias en procura de fondos que permitieran avanzar con la construcción de la sala que lleva su nombre. El autor de "Estos muchachos de cincuenta años" tenía una profunda pasión por el fútbol, tanto que transmitía un espacio radial por importante emisora de la capital sobre las novedades de clubes y torneos.

No tuve papel en el es-

cenario, pero descubrí a Pedro de la Barra. Bastaba decir Pedro. Sus admiradores, alumnos, discípulos decían nada más que Pedro. Todos sabíamos que se trataba de Pedro de la Barra. Antes de estrechar su mano por primera vez, ya le guardábamos gratitud por haber fundado, organizado y lanzado a la facia el Teatro Experimental de la Universidad de Chile, hasta adquirir prestigio y personalidad sólida. No podría dar una idea de cómo era Pedro antes sus alumnos, qué impresión se llevarían los que daban los primeros pasos en las tablas siguiendo las instrucciones del director, pero, sí, puedo afirmar que se trataba de un hombre afable, fino, con cierta apariencia de personaje rudo, quizás por sus bigotes, pero agradablemente cultivador de la charla y la buena amistad, lo cual no significaba que uno quedara perfectamente preparado para faltarle el respeto a la primera de cambio. Nada de eso. A mí, por ejemplo, a la par que me infundía confianza y agrado, se me aparecía envuelto en una pátina de respetabilidad. Respeto y gratitud por lo que nos había regalado a los chilenos, por lo que trasuntaba su persona en cuanto había

transcurrido un trecho de conversación diversa.

En estos momentos se está realizando el VII Festival de Teatro "Pedro de la Barra", en el que intervienen diversos grupos, de distintas promociones. Se me ocurre que en cada sala, en cada barrio, se agita alguna brizna, como vertiente de harina espumosa, que es producto de la labor de De la Barra. Bónito. Un Chile jamás hemos podido eliminar la epidemia de la ingratitud. Un hombre arruina su vida entregando a la sociedad lo que su inteligencia o su bolsillo pudieron aportar. En cuanto se apagaron los aplausos, llega la ingratitud batiendo alas de murciélago. Después se le rinde culto a los mediocres que acaparan las primeras planas de la prensa. En la actividad artística y en la política uno

encuentra apotropeados a los mediocres, pastando en las praderas de la actualidad, aporados porque de seguro ellos coligen que, si para el talento hay olvido, con mayor razón habrá para los oportunistas que beincan escaleras arriba.

Fui presentado a Antonio Acevedo Hernández en la librería "Cultura". De entrada me espetó: "¿Por qué no escribis teatro, vos?". Tenía facilidad para el diálogo. Yo me asusté, en parte por la celeridad de la confianza y luego porque me atemorizaba la técnica de la obra teatral. Pedro me habló de lo mismo, pero lo hizo mucho tiempo después de conocernos, con una afabilidad cautivadora. Era evidente que gravitaban en el autor de "Chañarillo" y en Pedro las influencias del medio en que se habían cultivado y la realidad cotidiana

na que habían enfrentado. El fundador del Experimental me decía que no me preocupara por nada, que escribiera nada más, pues el director se encargaría de arreglarle el rostro y cuanto fuese necesario a la obra. Convencido. Y sin embargo nunca me atreví. Me reduje a admirar su trabajo. Lo encontré en Antofagasta: dio forma a un magnífico conjunto teatral con mayoría de funcionarios bancarios. Vi en Beilín "La Ópera de tres centavos": la actriz que cantaba "El barco escarlata" loca por debajo de Maris González. Entonces presé en Pedro. Admiré a Fernando Gallardo haciendo de Sancho Panza en "El Caballero de la Mancha". Entonces tuve muy presente a Pedro. Felicitaciones a SIDARTE.

● Baltazar Castro

Hablemos de Pedro de la Barra [artículo] Baltazar Castro.

Libros y documentos

AUTORÍA

Castro, Baltazar, 1919-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hablemos de Pedro de la Barra [artículo] Baltazar Castro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile